

Benny Hinn

Buenos  
*días,*  
Espíritu  
*Santo*



**CASA**  
**CREACIÓN**

*Para vivir la Palabra*

## *Para vivir la Palabra*

MANTÉNGANSE ALERTA;  
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;  
SEAN VALIENTES Y FUERTES.  
—1 Corintios 16:13 (NVI)



*Buenos días, Espíritu Santo* por Benny Hinn  
Publicado por Casa Creación  
Miami, Florida  
[www.casacreacion.com](http://www.casacreacion.com)  
©2021 Derechos reservados

ISBN: 978-1-955682-26-8

E-book ISBN: 978-1-955682-27-5

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Adaptación de diseño interior y portada: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Publicado originalmente en inglés bajo el título:

*Good Morning, Holy Spirit*

Publicado por Thomas Nelson, Inc.

Nashville, TN, U.S.A.

© 1990, 1997 por Benny Hinn

Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Se requiere permiso escrito de los editores para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® nvi® ©1999 por Bíblica, Inc.© Usada con permiso.

**Nota de la editorial:** Aunque el autor hizo todo lo posible por proveer teléfonos y páginas de internet correctos al momento de la publicación de este libro, ni la editorial ni el autor se responsabilizan por errores o cambios que puedan surgir luego de haberse publicado.

Impreso en Colombia

21 22 23 24 25 LBS 9 8 7 6 5 4 3 2 1

## Dedicatoria

*A la persona del Espíritu Santo,  
que es la verdadera razón de mi existir;  
y a mis hijas Jessica, Natasha y Eleasha,  
así como también a mi hijo Joshua que,  
si el Señor demora,  
llevará este mensaje a su generación.*

## Contenido

1. «¿Puedo conocerte realmente?».....	7
2. Desde Jaffa hasta lo último de la tierra .....	21
3. «Tradición, tradición».....	37
4. De persona a persona .....	51
5. «¿Qué voz escuchas tú?».....	67
6. Espíritu, alma y cuerpo .....	83
7. Viento para tu barco .....	97
8. Una entrada poderosa .....	121
9. Lugar para el Espíritu .....	137
10. «Tan cerca como tu aliento» .....	151
11. «¿Por qué estás llorando?» .....	161
12. El cielo en la tierra .....	175
Epílogo: Varios años después .....	189
Guía de estudio .....	201
Reconocimientos .....	219

## Capítulo 1

### «¿Puedo conocerte realmente?»

Tres días antes de la Navidad de 1973. El sol todavía estaba saliendo en aquella mañana fría y nebulosa de Toronto. Cuando, de repente, sentí que Él estaba allí. El Espíritu Santo entró en mi alcoba. Era tan real para mí aquella mañana como lo es para ti el libro que tienes en tus manos. Durante las ocho horas siguientes, tuve una experiencia extraordinaria con el Espíritu Santo. Aquello cambió el curso de mi vida. Lágrimas de asombro y gozo rodaron por mis mejillas al abrir las Escrituras, mientras Él me daba respuestas a mis preguntas. Parecía que mi habitación había ascendido a un nivel celestial. Por lo que quería quedarme allí para siempre. Acababa de cumplir veintiún años y esa visitación fue el mejor regalo de cumpleaños o Navidad que jamás haya recibido.

Al final del pasillo estaban mi mamá y mi papá. Es probable que nunca entendieran lo que le estaba pasando a su Benny. En realidad, si ellos hubieran sabido lo que yo estaba experimentando, podría haber sido el punto de quiebre de una familia que ya estaba a punto de desmoronarse. Por casi dos años —desde el día que le di mi vida a Jesús— no hubo comunicación entre mis padres y yo. Eso era algo horrible. Como hijo de una progenie que inmigró de Israel, humillé a

la familia al romper la tradición. Nada en mi vida había sido tan devastador como eso.

En mi alcoba, sin embargo, lo que había era puro gozo. Sí, era algo inefable. Sí, aquello ¡era glorioso! Si se me hubiera dicho solo cuarenta y ocho horas antes lo que estaba a punto de pasarme, yo habría dicho: «De ninguna manera». Pero desde ese mismo momento, el Espíritu Santo hizo vida en mí. Ya no era la lejana «tercera persona» de la Trinidad. Era una persona real. Por supuesto, tenía personalidad propia.

Y ahora quiero compartirlo contigo.

Mi amigo, si estás listo para comenzar una relación personal con el Espíritu Santo que sobrepase todo lo que has soñado o imaginado posible, continúa leyendo. Si no es así, permíteme sugerirte que cierres este libro para siempre. Así es. ¡Ciérralo! Porque lo que estoy a punto de contarte transformará tu vida espiritual.

Es probable que te suceda a ti también. Puede que sea cuando estés leyendo. Quizás cuando estés orando. O cuando vayas de camino a tu trabajo. El Espíritu Santo va a responder a tu invitación. Él va a llegar a ser tu amigo más íntimo, tu guía, tu consolador, el compañero de toda tu vida. Y cuando tú y Él se encuentren, dirás: «¡Benny! ¡Déjame decirte lo que el Espíritu ha estado haciendo en mi vida!».

## **El poder de Dios revelado**

### *Una noche breve en Pittsburgh*

Un amigo mío, Jim Poynter, me invitó a ir con él —en un autobús— a Pittsburgh, Pensilvania. Lo había conocido como ministro de la Iglesia Metodista Libre a la que yo asistía. El grupo iba a una reunión de una evangelista que hacía milagros de sanidad, se llamaba Kathryn Kuhlman.

Sabía muy poco del ministerio de ella, francamente. Ya la había visto en televisión y, en realidad, me había disgustado

bastante. Pensé que hablaba gracioso y que lucía un poco extraña. Así que no tenía muchas expectativas con ella. Sin embargo, como Jim era mi amigo, no quería defraudarlo. Así que, el autobús, le dije: «Jim, nunca sabrás el mal rato que tuve con mi padre respecto a este viaje». Después de mi conversión, mis padres hicieron todo lo que pudieron para que yo no asistiera a la iglesia. Pero, ahora ¿un viaje a Pittsburgh? Eso estaba fuera de toda posibilidad pero, refunfuñando, me dieron su permiso.

Salimos de Toronto el jueves a media mañana. Y lo que pudo haber sido un viaje de siete horas se tardó mucho más debido a una abrupta tormenta de nieve. No llegamos a nuestro hotel hasta la una de la madrugada.

Entonces Jim dijo: «Benny, tenemos que levantarnos a las cinco».

«¿A las cinco de esta mañana?», le pregunté. «¿Para qué?».

Él me dijo que si no estábamos a las puertas del edificio a las seis, no conseguiríamos asiento. Vaya, yo no podía creer aquello. ¿Quién ha oído jamás que deba estar parado en una fila bajo un intenso y helado frío antes de que saliera el sol para ir a una iglesia? Sin embargo, Jim me dijo que eso era lo que teníamos que hacer. El frío era glacial. A las cinco me levanté y me puse toda la ropa que pude encontrar: botas, guantes. Parecía un esquimal. Llegamos a la Primera Iglesia Presbiteriana, en el centro de Pittsburgh, mientras todavía estaba oscuro. Pero lo que me asombró fue que cientos de personas ya estaban allí haciendo fila. Y las puertas no se abrirían hasta dos horas más tarde.

Ser pequeño tiene algunas ventajas. Así que comencé a abrirme paso más y más hacia las puertas y halando a Jim detrás de mí. Había gente hasta durmiendo en los escalones frente al edificio. Una mujer me dijo: «Ellos han estado aquí toda la noche. Así es cada semana». Mientras estaba parado

en aquel lugar, de repente, comencé a vibrar como si alguien hubiera agarrado mi cuerpo y hubiese empezado a sacudirlo. Por un momento pensé que aquel frío glacial me había invadido. Pero yo estaba vestido con ropas dobles y, en realidad, no sentía frío alguno. Un estremecimiento incontrolable vino sobre mí. Nunca antes me había pasado algo como eso. Y no me detenía, seguía temblando. Estaba demasiado avergonzado para decírselo a Jim, pero podía sentir mis huesos crujiendo. Lo sentía en mis rodillas. En mi boca. *¿Qué me estaba pasando?* —me preguntaba—. *¿Es este el poder de Dios?* Yo no entendía nada.

### *La carrera para entrar a la iglesia*

A esas alturas las puertas estaban a punto de abrirse, la multitud presionaba tanto que apenas podía moverme, estaba atascado allí. Sin embargo, el estremecimiento no se detenía, seguía temblando.

—Benny, cuando esas puertas se abran, corre tan rápido como puedas —me dijo Jim.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Si no corres, ellos pasarán por encima de ti —él había estado allí antes y sabía qué esperar.

Vaya, nunca pensé que participaría en una carrera para entrar a una iglesia, pero allí estaba yo. Y cuando aquellas puertas se abrieron, salí como un atleta olímpico. Pasé a todo el mundo: mujeres ancianas, hombres jóvenes, a todos ellos. Es más, llegué a la fila del frente y traté de sentarme. Pero un ujier me dijo que la primera fila estaba reservada. Más tarde supe que el personal de la señorita Kuhlman seleccionaba las personas que se sentaban al frente. Era tan sensible al Espíritu que solo quería a los que la apoyaban en oración al frente de ella. Con mi problema de tartamudez severa, sabía que sería en vano discutir con el ujier. La segunda fila ya estaba llena, por lo que Jim y yo encontramos lugar en la tercera.



Pasaría otra hora en lo que comenzaba el servicio, así que me quité mi abrigo, mis guantes y mis botas. Mientras descansaba, me di cuenta de que estaba temblando más que al principio. No paraba. Las vibraciones recorrían mis brazos y mis piernas como si estuviera conectado a alguna clase de máquina. La experiencia era extraña para mí. Para ser sincero, me estaba asustando.

Mientras tocaban el órgano, todo lo que yo podía pensar era en el temblor de mi cuerpo. No era una sensación de «enfermedad». No era como si estuviera contrayendo un catarro o un virus. De hecho, mientras ese temblor seguía, más hermoso lo sentía. Era una sensación rara que no parecía física del todo.

En ese momento, como desde la nada, apareció Kathryn Kuhlman. En un instante, la atmósfera de aquella instalación se cargó. Yo no sabía qué esperar. Yo no sentía nada alrededor de mí. Ni voces. Ni ángeles celestiales cantando. Nada. Todo lo que sabía era que había estado temblando por tres horas. Luego, al comenzar los cantos, me hallé a mí mismo haciendo algo que nunca esperé. Estaba en pie. Mis manos estaban levantadas y las lágrimas corrían por mis mejillas mientras cantábamos «Cuán grande es Él». Era como si hubiera explotado. Nunca antes habían brotado lágrimas de mis ojos tan rápido. ¡Hablando de éxtasis! Fue una sensación intensa de gloria.

Yo no estaba cantando en la forma en que usualmente lo hago en la iglesia. Cantaba con todo mi ser. Y cuando llegamos a las palabras «Mi corazón entona la canción», literalmente, canté aquello con el alma. Yo estaba tan absorto en el espíritu de ese himno, que pasaron unos minutos antes de que me diera cuenta de que mi temblor había parado por completo.

Sin embargo, la atmósfera de aquel servicio continuaba. Pensé que yo había sido totalmente arrebatado en un éxtasis.

Estaba adorando más allá de todo lo que jamás había experimentado. Era como estar cara a cara con la verdad espiritual pura. No sé si alguien más lo sintió o no, pero yo lo sentí. En mi joven experiencia cristiana, Dios había tocado mi vida, pero nunca como lo estaba haciendo ese día.

### *Como una ola*

Mientras estaba parado allí, adorando al Señor, abrí mis ojos para mirar alrededor, puesto que súbitamente sentí una corriente. Y yo no sabía de dónde venía. Era suave, lenta, como una brisa. Miré los vitrales de las ventanas. Pero todas estaban cerradas. Además, eran demasiado altas como para permitir el paso de tal corriente. La extraña brisa que sentí, sin embargo, parecía más una ola. La sentí bajar por un brazo y subir por el otro. De hecho, la sentía oscilar.

¿Qué estaba pasando? ¿Tendría yo alguna vez el valor para decirle a alguien lo que sentía? Pensarían que perdí la razón. Por lo que pareció diez minutos, las olas de aquel viento continuaron estregándose. Y luego sentí como si alguien hubiera tapado mi cuerpo con una cubierta pura, un manto de afecto.

Kathryn comenzó a ministrar a la gente, pero yo estaba tan absorto en el Espíritu que realmente no me importaba. El Señor estaba más cerca de mí de lo que jamás había estado. Sentí que necesitaba hablar con el Señor, pero todo lo que podía decir era: «Querido Jesús, por favor, ten misericordia de mí». Lo dije otra vez: «Jesús, por favor, ten misericordia de mí».

Me sentí muy indigno. Me sentí como Isaías cuando entró en la presencia del Señor. Cuando dijo: «¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!» (Isaías 6:5).

Lo mismo pasó cuando la gente vio a Cristo. Vieron, al instante, su propia suciedad, su necesidad de limpieza. Eso fue lo que me pasó a mí. Fue como si una luz, gigantesca, estuviera alumbrando sobre mí. Todo lo que podía ver eran mis debilidades, mis faltas y mis pecados.

Una y otra vez repetía: «Querido Jesús, por favor, ten misericordia de mí». Entonces oí una voz que sabía que tenía que ser la del Señor. Era muy gentil, pero inconfundible. Me dijo: «Mi misericordia es abundante para ti». Mi vida de oración hasta ese momento era la de un cristiano promedio. Pero ahora no solo estaba hablando con el Señor. Él estaba hablando conmigo. ¡Ah, qué clase de comunión fue esa! Poco me daba cuenta de que lo que me estaba pasando en la tercera fila en la Primera Iglesia Presbiteriana de Pittsburgh era solo la prueba de lo que Dios había planeado para el futuro.

Aquellas palabras resonaron en mis oídos. «Mi misericordia es abundante para ti». Me senté a llorar y a gemir. No había nada en mi vida que se comparara con lo que sentía en ese momento. Estaba tan lleno y transformado por el Espíritu que no me importaba nada más. No me importaba si una bomba nuclear caía en Pittsburgh ni que todo el mundo volara. En ese momento sentí lo que la Palabra describe, como «paz... que sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4:7).

Jim me había hablado de los milagros en las reuniones de la señorita Kuhlman. Pero yo no tenía idea de lo que estaba a punto de ver en las próximas tres horas. Gente sorda, de repente oía. Una mujer se levantó de su silla de ruedas. Había testimonios de sanidad de tumores, artritis, dolores de cabeza y más. Aun sus críticos más severos han reconocido las sanidades genuinas que ocurrieron en sus reuniones. El servicio fue largo, pero parecía un momento fugaz. Nunca en mi vida había sido yo tan conmovido y tocado por el poder de Dios.

*¿Por qué lloraba ella?*

Mientras continuaba el servicio y yo oraba en silencio, todo se detuvo de momento. Así que pensé: «Por favor, Señor, permite que esta reunión no termine nunca».

Miré a lo alto para ver a Kathryn con su cabeza entre las manos al comenzar a sollozar. Ella lloró y sollozó tan alto que todo se quedó quieto. La música se paró. Los ujieres se quedaron pasmados donde estaban. Todos tenían sus ojos puestos en ella. Y en cuanto a mí, no tenía idea de por qué ella lloraba. Nunca antes había visto a un ministro hacer eso. ¿Por qué lloraba ella? (Más tarde me dijeron que ella nunca había hecho eso, cosa que los miembros de su equipo personal todavía recuerdan). Continuó por lo que pareció ser como dos minutos. Luego echó su cabeza hacia atrás. Allí estaba ella, a solo unos cuantos metros frente a mí. Sus ojos estaban encendidos. Su actitud era *vehemente*.

En aquel instante, con un denuesto que yo nunca antes había visto en ninguna persona, señaló con su dedo hacia el frente con un tremendo poder y emoción, aun dolor. Si el diablo mismo hubiera estado allí, ella lo habría echado a un lado con solo una palmada. Fue un momento de una dimensión asombrosa. Todavía llorando, ella miró a la audiencia y dijo con intensa agonía: «Por favor». Parecía estirar la frase: «P-o-r f-a-v-o-r, *no contristen al Espíritu Santo*». Estaba implorando. Si puedes imaginarte a una madre suplicándole a un asesino que no le dispare a su bebé, así era como se veía. Ella imploraba y pedía. «Por favor», sollozó, «no contristen al Espíritu Santo».

Aun ahora puedo ver sus ojos. Era como si estuvieran mirando directo hacia mí. Y cuando dijo esas palabras, se podía dejar caer un alfiler y oírlo. Yo tenía miedo hasta de respirar. No movía un músculo. Estaba agarrado del banco frente a mí, preguntándome qué pasaría después.

Entonces ella dijo: «¿No entienden? ¡Él es todo lo que yo tengo!».

Yo pensé: ¿De qué está hablando ella?

Luego continuó su ruego apasionado, diciendo: «¡Por favor! No lo hieran. Él es todo lo que tengo. ¡No hieran a Aquel a quien amo!». Nunca olvidaré esas palabras. Todavía puedo recordar la intensidad de su respiración cuando las dijo.

En mi iglesia, el pastor hablaba del Espíritu Santo. Pero no de esa manera. Sus referencias tenían que ver con los dones, las lenguas o la profecía; pero nada que ver con cosas como que «Él es mi amigo más personal, más íntimo, más amado». Kathryn Kuhlman me estaba hablando acerca de una persona que era más real que tú o que yo mismo. Luego señaló con su dedo directamente hacía mí y dijo con gran claridad: «¡Él es más real que ninguna otra cosa en este mundo!».

*Yo tengo que tener eso*

Cuando ella me miró y dijo esas palabras, algo literalmente me asió por dentro. En verdad, me atrapó. Así que grité y dije: «Yo tengo que tener eso». Yo pensaba, con franqueza, que todo el mundo en aquel servicio se sentiría exactamente en la misma forma que yo. Pero Dios tiene un modo de tratar con nosotros como individuos, por lo que yo creo que aquel servicio fue para mí.

Por favor, entiéndeme, como cristiano más bien nuevo, yo no podía comenzar a comprender qué estaba pasando en aquel servicio. Pero no podía negar la realidad y el poder que sentí. De manera que, al concluir el servicio, miré a la mujer evangelista y vi lo que parecía ser una nube alrededor y encima de ella. Al principio pensé que mis ojos me estaban engañando. Pero allí estaba. Y su rostro brillaba como una luz a través de aquella nube.

Yo no creo ni por un momento que Dios estaba tratando de glorificar a la señorita Kuhlman. Pero sí creo que usó aquel servicio para revelarme su poder. Cuando el servicio terminó, la multitud salió, pero yo no quería moverme de mi asiento. Había llegado corriendo, pero ahora solo quería quedarme sentado y reflexionar en lo que acababa de suceder. Lo que yo había sentido en aquel edificio era algo que mi vida personal no me ofrecía. Yo sabía que cuando regresara a mi hogar, la persecución continuaría.

Mi autoestima estaba prácticamente destruida por el impedimento de mi habla. Aun cuando era un niño en los colegios católicos, mi impedimento hacía que casi nadie quisiera hablar conmigo. Aun cuando llegué a ser cristiano, tuve muy pocos amigos. ¿Cómo podría conocer gente nueva cuando apenas podía comunicarme? Debido a eso nunca quise que lo que hallé en Pittsburgh me abandonara. Todo lo que tenía en la vida era Jesús. Y nada más en la vida tenía tanto significado para mí. Yo no tenía un futuro prometedor. Mi familia prácticamente me había dado la espalda. Ah, sé que me amaban, pero mi decisión de servir a Cristo había creado un abismo que era demasiado profundo.

Me senté allí. Después de todo, ¿quién desea ir al infierno después de haber estado en el cielo? Sin embargo, no había alternativa. El autobús estaba esperando y tenía que regresar. Me detuve al fondo de la iglesia por un momento más, pensando: *¿Qué quería decir ella? ¿Qué estaba diciendo cuando habló sobre el Espíritu Santo?* Durante todo el viaje de regreso a Toronto continuaba pensando: *Yo no sé lo que ella quiso decir.* Hasta le pregunté a varios de los que andaban en el autobús. Pero ellos no me lo podían decir, puesto que tampoco lo entendían.

No es necesario decir, que cuando llegué a mi hogar, estaba totalmente exhausto. Con falta de dormir, horas en la carretera y una experiencia espiritual que era como una montaña

rusa; de modo que mi cuerpo estaba listo para descansar. Sin embargo, no pude dormir. Mi cuerpo estaba cansado hasta los huesos, agotado, pero mi espíritu todavía estaba agitado como una serie interminable de volcanes dentro de mí.

## Conocí la presencia de Dios

### *¿Quién me está halando?*

Mientras descansaba en mi cama, sentí como que alguien me sacaba del colchón y hacía que me arrodillara. Era una sensación extraña, pero la sentía tan fuerte que no la podía resistir. Allí estaba yo, en la oscuridad de aquel cuarto, de rodillas. Dios no había terminado conmigo todavía, por lo que respondí a su guía. Yo sabía lo que deseaba decir, pero no sabía claramente cómo decirlo. Lo que deseaba era lo que aquella sierva de Dios en Pittsburgh tenía. Así que pensé: *Yo deseo lo que tiene Kathryn Kuhlman*. Lo deseaba con cada átomo y cada fibra de mi ser. Tenía hambre de lo que ella estaba hablando, aunque no lo entendía.

Sí, yo sabía lo que deseaba decir pero no cómo decirlo. Así que decidí pedirlo en la única forma que sabía: en mis propias y sencillas palabras. Deseaba dirigirme al Espíritu Santo, pero nunca lo había hecho. Pensé: *¿Estoy haciendo esto correctamente?* Después de todo; nunca le había hablado al Espíritu Santo. Nunca pensé que Él era una persona a quien uno se podía dirigir. No sabía cómo empezar la oración, pero sabía lo que estaba dentro de mí. Todo lo que deseaba era conocerlo en la forma que ella lo conocía.

Y así fue como oré: «Espíritu Santo, Kathryn Kuhlman dice que tú eres su amigo —continué despacio—, yo creo que no te conozco. Aunque hasta hoy, pensaba que sí. Pero después de esa reunión me doy cuenta de que no es así. No creo que te conozco». Y luego, como un niño, con mis manos alzadas, le pregunté: «¿Puedo conocerte? ¿Realmente

puedo conocerte?». Me pregunté: *¿Es correcto lo que estoy diciendo? ¿Debería yo hablar al Espíritu Santo así?* Luego pensé: *Si soy franco en cuanto a esto, Dios me mostrará si estoy bien o mal.* Si Kathryn estaba mal, yo quería saberlo.

Después que hablé al Espíritu Santo, nada parecía suceder. Comencé a preguntarme a mí mismo: *¿Hay realmente tal experiencia como conocer al Espíritu Santo? ¿Puede suceder eso verdaderamente?* Mis ojos estaban cerrados. Entonces, como por una corriente eléctrica, todo mi cuerpo comenzó a vibrar, exactamente como en las dos horas que esperé para entrar a la iglesia. Era el mismo temblor que había sentido durante la otra hora después que estuve dentro. Aquello había vuelto, por lo que pensé: *Oh, está sucediendo otra vez.* Pero ahora no había multitudes. Ni ropa gruesa. Yo estaba en mi cuarto cómodo en mi pijama temblando de pies a cabeza. Tenía temor de abrir los ojos. Ahora era como si todo lo que había pasado en el servicio viniera de nuevo en un momento. Yo estaba temblando pero, al mismo tiempo, volví a sentir esa cubierta cálida del poder de Dios que me envolvía.

Me sentí como si hubiera sido trasladado al cielo. Por supuesto no lo había sido pero, sinceramente, no creo que el cielo pueda ser mayor que eso. De hecho, pensé: *Si abro los ojos me veré en Pittsburgh o dentro de las puertas de perla.* Bueno, después de un rato, abrí los ojos, y para mi sorpresa estaba allí, en mi mismo cuarto. El mismo piso, el mismo pijama; pero todavía estaba temblando con el poder del Espíritu de Dios. Cuando al fin me acosté a dormir aquella noche, todavía no me daba cuenta de lo que había comenzado en mi vida.

### *Las primeras palabras que hablé*

Temprano, muy temprano en la mañana siguiente, ya estaba completamente despierto. Y no podía esperar para



hablar con mi nuevo amigo. Las siguientes son las primeras palabras que salieron de mi boca: «¡Buenos días, Espíritu Santo!». Al mismo instante en que expresé esas palabras, la atmósfera gloriosa volvió a mi habitación. Ahora, aunque yo no estaba vibrando ni temblando. Todo lo que sentía era su presencia envolviéndome. Al momento que dije: «Buenos días, Espíritu Santo», percibí que Él estaba acompañándome en la habitación. No solo fui lleno con el Espíritu aquella mañana, sino también cada vez que pasaba tiempo en oración; constantemente recibía una llenura fresca. La experiencia de la que hablo iba *más allá* del hablar en lenguas. Sí, yo *hablé* en lenguaje celestial, pero era mucho más que eso. El Espíritu Santo se hizo real, vino a ser mi amigo. Mi compañero, mi consejero.

La primera cosa que hice aquella mañana fue abrir la Biblia. Quería estar seguro. Y mientras abría la Palabra, sabía que Él estaba allí conmigo, como si estuviera sentado a mi lado. No, no vi su cara ni su rostro. Pero sabía dónde estaba Él. Así empecé a conocer su personalidad. Desde ese momento en adelante la Biblia, para mí, cobró una nueva dimensión. Yo decía: «Espíritu Santo, muéstramelo en la Palabra». Yo deseaba saber por qué Él había venido, y entonces me llevó a las siguientes palabras: «*Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para que entendamos lo que por su gracia él nos ha concedido*» (1 Corintios 2:12). Cuando le pregunté por qué quería ser mi amigo, me llevó a las palabras de Pablo: «*Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes*» (2 Corintios 13:14). La Biblia cobró vida. Nunca había entendido el impacto de esas palabras: «*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos*» (Zacarías 4:6 RVR1960). Una y otra vez, confirmaba en la Palabra lo que Él estaba haciendo en mi vida. Por más

de ocho horas aquel primer día, luego día a día, llegaba a conocerlo más y más.

Mi vida de oración comenzó a cambiar. «Ahora», dije, «Espíritu Santo, como tú conoces al Padre tan bien, ¿puedes ayudarme a orar?». Y cuando empecé a orar, llegó un momento en que —súbitamente— el Padre era más real de lo que había sido antes. Fue como si alguien hubiera abierto una puerta y dicho: «Aquí está Él».

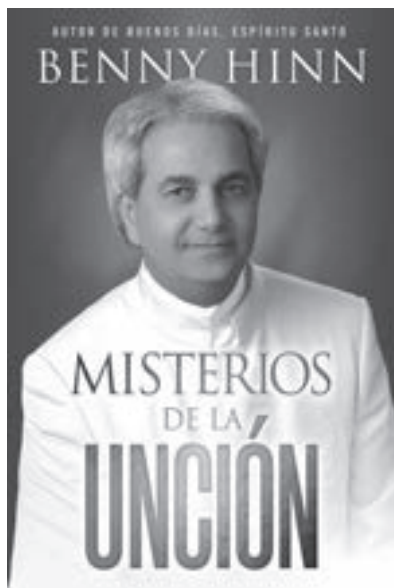
### *Mi Maestro, mi Guía*

La realidad de la paternidad de Dios se hizo más clara que lo que yo había conocido antes. No fue por leer un libro, ni seguir una fórmula tipo A, B, C. Fue solo pidiéndole al Espíritu Santo que me abriera la Palabra. Lo cual hizo. «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!”» (Romanos 8:14-15).

Comencé a comprender todo lo que Jesús dijo acerca del Espíritu Santo. Que era mi consolador, mi maestro, mi guía. Entendí por primera vez lo que Jesús quiso decir cuando les expresó a sus discípulos: «Síguenme». Luego, otro día dijo: «No me sigan, porque a donde yo voy ustedes no pueden venir». Entonces les dijo: «Pero el Espíritu Santo, Él los guiará». ¿Qué estaba haciendo Él? Cristo les estaba dando a ellos otro líder. Otro a quien seguir.

Mi estudio de las Escrituras siguió día tras día, por semanas, hasta que todas mis preguntas fueron contestadas. Todo ese tiempo me mantuve conociendo mejor al Espíritu Santo. Y esa comunión nunca ha cesado hasta el día de hoy. Me di cuenta de que Él estaba conmigo. Por lo que mi vida entera ha sido transformada. Creo que la tuya también lo será.

Hoy cuando me levanto, digo otra vez: «Buenos días, Espíritu Santo».



Este libro responderá todas tus preguntas acerca de la unción. Te preparará para que experimentes el precioso toque de Dios en todo lo que hagas.

En *Misterios de la unción*, Hinn explora esos tres tipos de unción con ejemplos bíblicos e históricos que ilustran sus enseñanzas. Aquí descubrirás:

- Cómo detectar si la unción dentro de ti se está debilitando o se ha ido
- Las bendiciones y los peligros que pueden suceder cuando Dios comienza a usarte
- Cuándo eres más vulnerable al ataque demoníaco y qué hacer al respecto
- Lo que impide la unción en tu vida y en tu ministerio, y lo que la aumenta
- El impacto de la unción en todo el mundo y el modo en que la iglesia la siente en mayor medida






**BENNY HINN** es conocido en todo el mundo como un destacado evangelista, maestro y escritor de *best sellers*, entre los que figuran *Buenos días*, *Espíritu Santo*. Su programa televisivo —«Este es tu día»— se encuentra entre los más vistos del mundo, cada día, en más de 200 países.



**CASA CREACIÓN**

*Para vivir la Palabra*

[www.casacreacion.com](http://www.casacreacion.com)

   /casacreacion



# CASA CREACIÓN

Te invitamos a que visites nuestra página web, donde podrás apreciar la pasión por la publicación de libros y Biblias:

**[www.casacreacion.com](http://www.casacreacion.com)**



@CASACREACION



@CASACREACION



@CASACREACION

*Para vivir la Palabra*